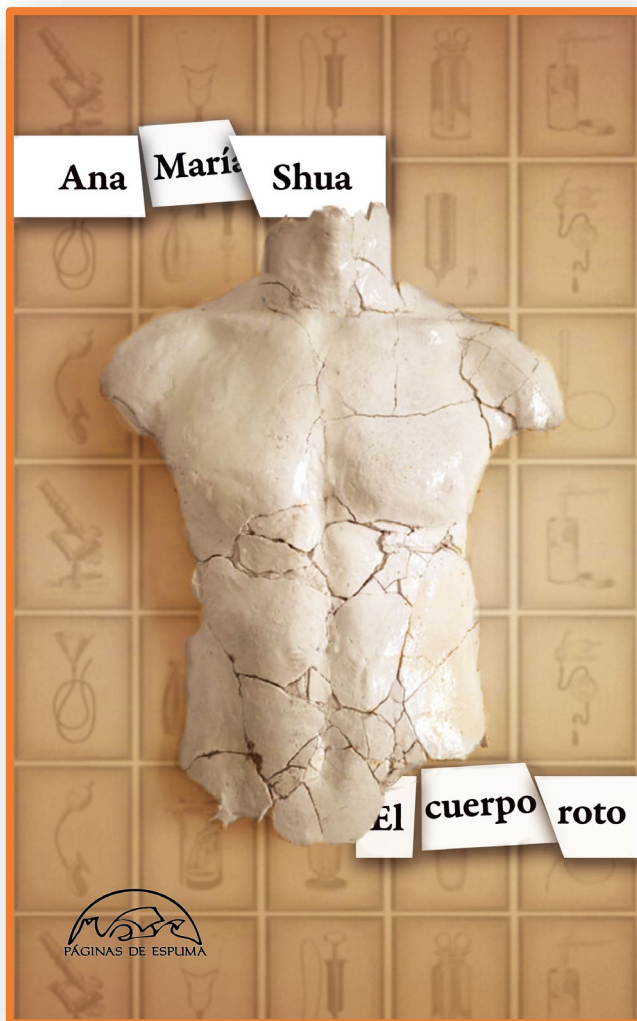


Ana María Shua

EL CUERPO ROTO



Editorial Páginas de Espuma
+34 91 522 72 51 || prensa@paginasdeespuma.com
Información: www.paginasdeespuma.com



Biografía

Ana María Shua (Buenos Aires, 1951), publicó en 1967 su primer libro, *El sol y yo*, poemas. En 1980 su novela *Soy Paciente* (llevada al teatro) obtuvo el premio Losada. Sus otras novelas son *Los amores de Laurita*, (llevada al cine), *El libro de los recuerdos* (Beca Guggenheim), *La muerte como efecto secundario* (Premio Ciudad de Buenos Aires en novela y Premio Club de los Trece), *El peso de la tentación* y la última, *Hija*. En 2009 sus primeros cuatro libros de cuentos se publicaron reunidos con el título *Que tengas una vida interesante*. En 2014 obtuvo los premios Konex de Platino, el Premio Nacional de Cuento y Relato, y Premio Esteban Echeverría. En 2015 recibió el Premio Trayectoria de la Asociación de Artistas Premiados. Y en 2016 el Premio Democracia. También recibió varios premios nacionales e internacionales por su producción infantil-juvenil, muy difundida en América Latina y España.

La crítica la considera una referente internacional del microrrelato en lengua española. En 2016 le fue otorgado en México el I Premio Internacional Juan José Arreola de Minificción. Sus primeros cinco libros de microrrelatos son *La sueñera*, *Casa de Geishas*, *Botánica del caos*, *Temporada de fantasmas* y *Fenómenos de circo*. Con una parte de *Fenómenos*, se publicaron reunidos en *Cazadores de letras*. Su último libro de microrrelatos, se llama *La guerra* y fue publicado en 2019. En 2022 publicó en Buenos Aires el libro de cuentos *Sirena de río*. En 2025 publica en Madrid su nuevo libro de cuentos *El cuerpo roto*.

Parte de su obra ha sido traducida a dieciséis idiomas. Forma parte de la ANLE, la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Es miembro honorario de la AATSP (American Association of Teachers of Spanish and Portuguese). Y en 2025 le ha sido otorgado en Argentina el Doctorado Honoris Causa por la Universidad Nacional de Cuyo.

Acerca de *El cuerpo roto*

Ana María Shua

Dime lo que lees y te diré lo que escribes. Como lectora, me entrego con fascinación todo texto que tenga que ver con enfermedades, plagas, pestes, curaciones. De ahí que buena parte de mi obra está dedicada también a ese tema constante y perturbador, que toma protagonismo en *El cuerpo roto*. Los libros del genial escritor y neurólogo Oliver Sacks son una de mis lecturas preferidas, pero no me pierdo ninguna otra. Mientras lo escribía, releía algunos de los libros que me provocaron en su momento horror y placer. Cito al azar *Opus nigrum*, de Marguerite Yourcenar, *Morfina*, de Mijaíl Bulgákov, *La montaña mágica*, de Thomas Mann, y su adláter, la bellísima *Perorata del apestado*, de Gesualdo Bufalino, *Ante todo no hagas daño*, de Henry Marsh, y tantísimos otros.

Me pregunto de dónde viene ese interés un poco morboso (es decir, enfermizo) y siempre presente y tengo que remontarme a mi infancia, a mis primeras lecturas. A mí, de chica, siempre me gustaron las novelas de aventuras. Se escribe porque se lee, se escribe, entre muchas otras razones, para imitar eso que nos ha provocado tanto placer. A los diez años, yo hubiera querido escribir novelas de aventuras. Pero no cualquiera es aventurero, no cualquiera es capaz, en la realidad o en la fantasía, de explorar territorios desconocidos (de los que además, ya quedan tan pocos), no cualquiera es capaz de lanzarse aún literariamente por territorios lejanos y misteriosos, no cualquiera es espía o corresponsal de guerra. Y sin embargo hay dos aventuras que son comunes a todos los seres humanos, que todos hemos experimentado, que todos hemos enfrentado, soportado, padecido: son la enfermedad y el amor. A mí me interesa, sobre todo, la enfermedad. Y aquí está *El cuerpo roto* para demostrarlo.

Desnudo en la camilla de Terapia Intensiva (desnudo como en el sexo y la tortura), obscenamente expuesto y abierto en las intervenciones quirúrgicas, penetrado por espéculos, agujas, dedos engomados, sondas, respiradores o cámaras de televisión, el cuerpo humano es reiteradamente violado por una raza de artistas que también lo aman: los que practican el arte de curar. Entre los escritores médicos, genios como Chejov, como William C. Williams observan desde todos los ángulos la despareja relación de poder médico-paciente. Talentos como Axel Munthe o como Cronin, artesanos como Noah Gordon, Michael Crichton, se ubican sobre todo en el lugar del médico. Como autora, suelo elegir el lugar del doliente, pero no siempre, no en todos los cuentos. Fascinada por esa relación sadomasoquista, (y hay que decir que el sádico no siempre es el médico) traté de que *El cuerpo roto* se acercara a la medicina desde diversas perspectivas: las de la persona enferma, la de quienes lo rodean y lo cuidan, que muchas veces sufren tanto o casi tanto, la de los médicos. Más la perspectiva de los sobrevivientes. Porque la medicina también se toca con la literatura por su proximidad con la muerte. Los seres humanos estamos obligado a fingirnos eternos para sobrevivir. La idea de la muerte es intolerable y necesitamos de una falsa sensación de inmortalidad para poder seguir adelante: sólo la medicina y la literatura pueden

soportar la constante certeza de que ninguna historia humana termina bien. De algún modo seguimos adelante, aún con *El cuerpo roto*.

Mientras escribía los cuentos que componen *El cuerpo roto* me sentía partícipe de una antigua tradición. Cuerpos sometidos que se rebelan desde la palabra, creando un tópico que se reitera a lo largo de los siglos: el de las invectivas contra los médicos. En la España de los siglos XVII y XVIII, Quevedo y su discípulo Torres de Villarroel expresan el horror y la humillación de los enfermos sometidos a los brutales tratamientos de la época, enemas, sangrías, vomitorios, dietas y sanguijuelas. Chejov es quizás el primero en describir desde adentro, desde el lugar del enfermo, los horrores de un hospital psiquiátrico. En esa tradición se inscribe el relato que hace Martín Fierro (el libro inaugural y fundamental de la literatura argentina) de las bárbaras curaciones con que las médicas indígenas enfrentan una epidemia de viruela, quemándoles la boca a sus pacientes con huevos hirviendo. Si en otras épocas los hospitales no eran más que morideros adonde los enfermos se resistían a ser internados, los autores actuales incorporan la combinación de medicina y burocracia que hacen de un hospital moderno el microcosmos de nuestro universo social. Es curioso que ningún avance de la ciencia médica (y los hay, y son extraordinarios, y todos los conocemos) logre paliar cierto oscuro terror: se teme a la curación tanto como a la enfermedad. Fabricantes de best-sellers, como Cook o Slaughter expresan no menos desconfianza que Quevedo hacia las prácticas médicas de nuestra época. Adelantos asombrosos, como los trasplantes, provocan fantasías terroríficas y muy compartidas, por ejemplo, esa idea que podrían secuestrarnos para robarnos los órganos. Pero también existe el horror real: los efectos secundarios de la quimioterapia, las quemaduras de la radiación, la anestesia, las operaciones, ¿no son acaso comparables a los huevos hirviendo de las curanderas ranqueles? Y si, por suerte, esas prácticas en la mayor parte de los casos resultan salvadoras, ¿no son, acaso, a veces, igualmente inefectivas? Y la literatura, una vez más, se hace cargo de los temblores secretos de la humanidad.

Los temas literarios van siguiendo la realidad de las epidemias y las endemias de cada época. En el siglo XIX hay una literatura de la tuberculosis, en el siglo XX, una literatura del cáncer, y en los últimos años del siglo XX y primeros del siglo XXI, hay una literatura del SIDA, en los últimos años, una literatura del COVID, con su carga adicional de encierro. Si nos decidiéramos a incorporar las enfermedades mentales, la lista sería infinita. La psicosis paranoica, por ejemplo, ha provocado alta literatura en todas las culturas. Me limito a mencionar el *Diario de un loco*, del autor chino Lu Shin. Si nos centramos en las enfermedades cuyo sustrato fisiológico ya ha sido comprobado, tenemos hoy el Alzheimer, que por su particular relación con el lenguaje, con el desmembramiento y la pérdida del lenguaje, resulta en los últimos años un tema fascinante para la literatura de ficción y no ficción. Un tema que, por supuesto, también tiene lugar en *El cuerpo roto*, donde trato de demostrar esa sencilla verdad que todos sabemos y tratamos de olvidar: que somos nuestros cuerpos y somos nuestras mentes, al mismo tiempo y sin grietas, esa dolorosa conjunción que nos hace humanos.

Entrevista

***El cuerpo roto* comienza con un texto a camino entre la no ficción y la ficción donde de una forma u otra se subraya lo testimonial. A partir de aquí, ¿cuánto hay de biografía distorsionada en la medida que toda escritura es una verdad distorsionada por quien escribe?**

Muy bien formulada la pregunta, en literatura todo es verdad y todo es mentira. Sin embargo, en este libro, hay varios cuentos que son claramente autobiográficos y otros que nada tienen que ver con mi historia personal. Desafío al lector a descubrir cuáles son. El primero, "Un canto a la vida" es tan obviamente no ficción como parece. Los demás son menos evidentes...

El concepto de "cuerpo roto" se abre desde la literalidad a lo simbólico: el cuerpo enferma y envejece, el cuerpo sana y al cuerpo se le cuida. Pese a lo que supone el paso del tiempo o la falta de salud, el libro transita por la dignidad, el esfuerzo, la luz de quien lucha y sobrevive. ¿Cómo ha trabajado con este territorio que es el "cuerpo" y que en estos últimos años es clave central de discursos y reflexiones no solo literarias?

Cuando empecé a escribir tenía, como cualquiera, la sensación de que es posible escribirlo todo. Con los años, al mirar hacia atrás, se comprende que no es así, que cada autor o autora tiene su propio pequeño mundo y a él se remite. Como un pez que creía estar en el océano y se descubre de pronto en un acuario. Mi primera novela, *Soy Paciente*, trataba (en un tono de absurdo kafkiano, pero con humor) acerca de un hombre internado en un hospital. En ese momento creí que era por casualidad, porque a un amigo le habían sucedido muchas de las disparatadas desventuras que cuento en el libro. Sin embargo, con el correr del tiempo, el tema del cuerpo, de la enfermedad, de la relación médico-paciente, fue reapareciendo una y otra vez en lo que escribía hasta que tuve que darme por vencida y aceptar que era una parte esencial de mi territorio, mucho menos vasto de lo que suponía. Todos luchamos, hasta los suicidas cuando se los salva, porque nuestro cuerpo lucha sin preguntarnos, no es una cuestión de dignidad ni de esfuerzo, la enfermedad no tiene mucho de digno, ni se supera a fuerza de voluntad. ¡Y por supuesto quien lucha y no sobrevive también se merece un cuento! Como mínimo.

Hay algunos cuentos que inciden en quien cuida y los vínculos que se crean en torno al cuidado del enfermo. ¿Quién cuida al cuidador? ¿Qué dolencias sufre quienes acompañan en el proceso de la enfermedad?

El que cuida la pasa mal y muchas veces desea la muerte de quien está a su cuidado, no por falta de amor, sino todo lo contrario, lo prefiere muerto para escapar al sufrimiento de verlo así. Que se vaya de una vez y deje de sufrir, piensa el cuidador, mientras el enfermo lucha por un día, una hora, un segundo más de vida. Así somos. La gente suele quejarse de la falta de empatía y a veces de compasión de las enfermeras pero, si no se encallecieran de algún modo no podrían hacer su trabajo. Al cuidador no lo cuida nadie,

si tiene mucha suerte lo acompaña su familia, si tiene más suerte todavía, puede tomar turnos.

Los cuerpos también se rompen en su psicología, en su psiquiatría, incluso en patologías de demencia. El libro no elude esta realidad. ¿Cómo la ha afrontado?

¿En la literatura o en la vida? ¿O las dos cosas? En la literatura, el tema es fascinante. La progresiva destrucción de la memoria, el retroceso de la inteligencia, la mezcla de recuerdos, el deterioro de las relaciones más cercanas y queridas, la forma en que afloran los secretos de una vida (los niños y los locos dicen la verdad...hasta cierto punto, hay que reconocer que también mienten). Es interesantísima la transformación del lenguaje desde el discurso previsible hasta la incoherencia y las limitaciones, la forma en que se va desmoronando la estructura de la lengua, deshaciéndose en trozos arbitrarios que no sirven para armar el rompecabezas, porque no combinan entre sí. En la realidad esos mismos efectos son atroces y destructivos para el enfermo y para las personas que lo rodean. Convivir con la demencia es aterrador, agotador y monótono. Me irritan profundamente esos cuentos, películas, obras de teatro, novelas que intentan demostrar que la demencia es una cierta fuga de la imaginación creativa. que trata de escapar de un mundo convencional. Los casos que por desgracia conocí eran personas muy desdichadas cuyas mentes giraban en forma repetitiva, aburrida, horrible siempre alrededor de las mismas pesadillas. En mis cuentos, salvo en algún caso, nunca traté de transmitir ese horror, sino de tomar con humor ciertos efectos del disparate.

El libro se cierra conmovedoramente con la pérdida, la muerte. Y a su vez parece que el libro vuelve a lo biográfico y cierra magistralmente una estructura circular. ¿Nos habla de esta parte de su obra, más dolorosa?

Es verdad, este cuento vuelve a lo autobiográfico. Es la crónica del velorio de mi padre, que murió a los cincuenta años, cuando yo tenía veintitrés. Nunca más sentí una muerte de ese modo. En ese momento fue como si se hubiera caído el techo del mundo. Yo era la hija mayor en una familia redonda y perfecta que se deshizo de golpe. Todo lo que era seguro, todo lo que dábamos por sentado, todo lo que iba a continuar de una manera obvia, con los problemas, las discusiones, los desacuerdos y los afectos de una familia normal se deshizo de golpe, como si nos hubiera destrozado un rayo. Y fue de verdad un rayo y de verdad nos destrozó. Papá estaba en excelente forma, se cayó en la cancha jugando al vóleibol y se hizo una hernia de disco que empezó a afectarle el movimiento de una pierna. El dolor pasa, le explicó el médico, pero el movimiento que se pierde no se recupera. Por eso se operó. La intervención fue un éxito y cuatro días después murió de una embolia pulmonar. En general no puedo escribir en el clímax de la angustia (los párrafos en bastardilla de "Un canto a la vida" son una excepción). Pasaron varios años hasta que conseguí escribir "Después de la muerte". Es curioso, porque varias veces, antes de la muerte de mi padre, me había planteado escribir un cuento sobre un velorio, una ceremonia que me parecía ridícula, absurda y un poco cómica. Tuve que ser involuntaria protagonista para que cambiara mi ángulo de visión.